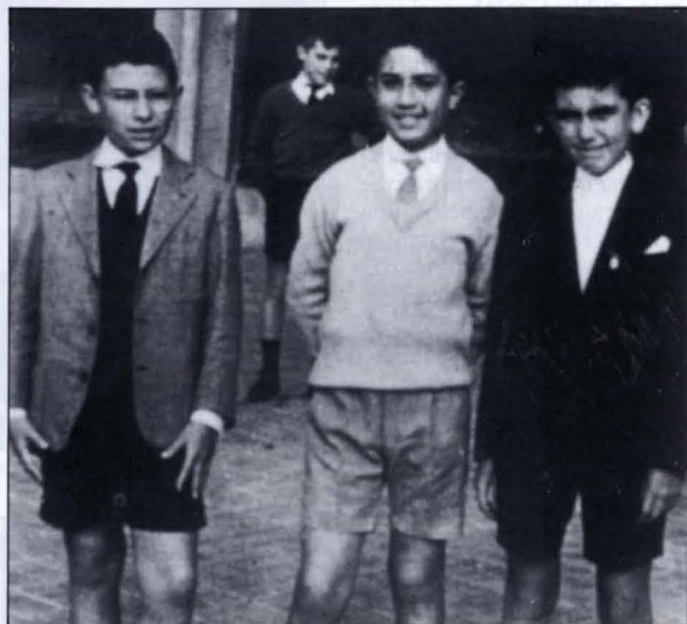


Una inusitada expectación acompañó este año en nuestro país a la ceremonia de entrega de los Oscars '89 de la Academia de Hollywood, en las primeras horas del 30 de marzo... Y no era para menos, teniendo en cuenta que entre los nominados se hallaba el director manchego Pedro Almodóvar con su película *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, finalista en el apartado de filmes en lengua no inglesa, gran favorita del público y de la crítica y firme candidata a un Oscar que al final fue a parar a las manos del realizador danés Bille August por su película *Pelle el conquistador*.

Han pasado ya más de 10 veloces años desde que viéramos alguno de los primeros provocadores y artesanales cortos de Almodóvar en la Universidad Complutense de Madrid... ¿Quién iba a adivinar entonces que tan sólo una década después una película del cineasta manchego iba a ser la candidata oficial de la Academia de las Artes y Ciencias Cinematográficas de España a un Oscar de Hollywood en la 61.ª edición de estos célebres premios? Confieso que uno, al menos, no...

Fue allá por 1980 cuando aquel primer film en 35 milímetros que se llama *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, me sedujo de tal manera, que hasta hoy mismo sigo considerándome un incondicional almodovariano. Y me sedujo por ser tan llamadamente imperfecto, tan raro y fresco en su poética narrativa, tan prometedor. Un Almodóvar ya transgresor que anunciaba a los cuatro vientos la *movida* —esencialmente madrileña— que se avecinaba y que ya se atisbaba por aquellas fechas posteriores de los setenta. *Pepi* me cautivó, me divertió muchísimo y, sobre todo, me reveló, como que me dio que pensar que acababa de asistir a los primeros balbuceos artísticos serios o con evidentes pretensiones futuribles de un director de cine con un sentido del humor novísimo, muy particular, inteligente y profundo; un director que iba a dar mucho que hablar, sobre todo a medida que fuera adiestrándose en el oficio.



Almodóvar, en el centro, con dos compañeros de los Salesianos de Puebla de la Calzada (1959).



Pedro (a la izquierda) con su hermano Agustín en el Madrid de 1973.

Y así fue como fui cayendo en la atmósfera de este cineasta, encantado, conscientemente, con premonición incluida de su provocador universo personal y cultural; fiel espectador de sus películas, casi paisano, chismoso de muy diversos detalles de su filmografía y de su cosmogonía atípicas, currante del caluroso homenaje que en 1984 recibió en *Ciudad Real*, fan también y mucho, de su la-

bor musical, entrevistador-comentarista-reseñista, mensajero de noche disparatado en su contestador automático...

Calzada, los curas...

Nacido, como ya todo el mundo parece saber, en *Calzada* (1949), un pequeño lugar de *La Mancha* ciudadrealense —del *Campo de Cala-*

trava, para ser más exactos—; hijo de padre albañil y nieto de arriero, Almodóvar con sólo ocho intensos añitos fue enviado a tierras extremeñas. Digo intensos porque en todas sus películas aparece, en determinados tics lingüísticos y costumbristas o en los diálogos más insospechados, el poderoso influjo de sus raíces calatraveñas, del espíritu rural de sus paisanos y en particular de su propia madre.

Interno en primer lugar en el colegio salesiano de *Puebla de la Calzada* (Badajoz) y después en el de *Cáceres*, acabó a los 17 años el Bachillerato Superior, no sin antes oficiar de entregado solista del coro religioso y conocer de cerca la doble moral de algunos sacerdotes («*Me metían mano los curas... Era una pena, porque el sexo hay que descubrirlo con naturalidad y no brutalmente, de golpe... No he visto sitio con más «ambiente», ya sabes a qué me refiero, que los colegios de curas*»), comentaba a *Maruja Torres* en 1982).

En 1967, parada y fonda de él y su familia en *Parla* (Madrid). Son años de buscarse la vida, de callejear y conocer el alcohol y las drogas, de comenzar un irresistible proceso de socialización que le iba a convertir en un perfecto urbanista madrileño. Autodidacta. *Pedro* va de hippy en esos años, melena larga y abalorios incluidos, participando en ese modelo de cultura que le alimenta más espiritual que materialmente. Por entonces gana unas oposiciones y se hace un atípico auxiliar administrativo de Telefónica (1969), en la que trabajó 12 años intermitentemente.

Pero su talento le hace probar en otros mundillos más creativos, y por entonces también, más progresistas. Es así como actúa en varios grupos teatrales —Los Goliardos entre otros—, iniciando poco después su peregrinaje por el séptimo arte. *Dos putas* (historia de amor que